



## LOS DIOSSES

JORGE VALENCIA JARAMILLO

**N**O SÉ DESDE CUÁNDO los dioses me dan vueltas en la cabeza. Hago esfuerzos interminables para imaginar la vida de los primeros humanos, en qué momento empezaron a razonar en algún sentido, por elemental que fuera, y pienso que en esos primerísimos instantes, precisamente, aparecieron los dioses, uno, dos, cien, miles después. Por lo tanto, había que encontrarle algún sentido, alguna explicación a todo lo que acontecía: los rayos, los truenos, las tormentas, el sol, la luna, las estrellas, los miles de animales que deambulaban por todas partes y podían devorarlo al menor descuido y fundamentalmente, a la muerte, nada menos que a la muerte. La muerte de unos y otros, la muerte misteriosa, terriblemente misteriosa, puesto que no podía ser que alguien que estaba vivo, bien vivo y a tu lado, de repente se desplomara y nunca más volviera a levantarse. A pesar de tus esfuerzos, de tu llanto, de tus lamentos, del fuego encendido con todos los inciensos, invocando en el infinito a los miles de dioses que gobernaban el universo. Y todo inútil, ninguno de los muertos resucitaba, todo inútil.

Entonces qué hacer, convocar con más fuerza, hasta el propio límite, a aquellos seres superiores que parecían insensibles, lejos de ti. Pedirles que se

apiadaran de tanto sufrimiento, de tanto dolor. Que tú mismo no querías morirte, no, de ninguna manera. Y así, por ese camino de la incomprensión, el terror y de miles de fallidas esperanzas, empezaron, nacieron LAS RELIGIONES.

Y si mi padre o mi madre morían, había que enterrarlos y no podía ser de cualquier manera, debía hacerles una tumba lo más adornada posible. Y como no quería aceptar que en verdad ellos hubieran muerto, sino que, según las creencias iban a emprender un viaje a la eternidad, debía proveerlos de comida y de los utensilios necesarios para ese viaje, su viaje a la propia eternidad. Así tendría yo menos pena, menos tristeza.

Pero yo no estaba solo en este mundo, otros al igual que yo sentían pavor a todo lo que los rodeaba, pero como eran distintos a mí, invocaban a esos dioses de manera diferente, los pensaban con otras cualidades, los veían con otras fuerzas y otros comportamientos. Y durante siglos y siglos el cielo y la tierra se llenaron de dioses, dioses con todos los poderes imaginables, omniscientes y omnipresentes, dioses que creaban y destruían a la vez, dueños del universo entero.

Y la tierra se fue llenando de monumentos de las más diversas formas para honrar a esos dioses, pero los rayos y los truenos y las tormentas y la muerte, ¡ah! la muerte, siguieron igual, nada cambiaba y los hombres, entonces, ante esa terrible realidad, cada vez los adoraban más, con mayor fuerza cada día, con más sacrificios, con la más grande intensidad, hasta límites impensables para poder así convencer a los dioses que ellos mismos habían inventado que tuvieran piedad, que no más penas, que no más sufrimientos, que no más muertes, hasta que de pronto, en medio del mayor asombro, algunos de esos seres humanos se creyeron representantes en la tierra de esos dioses, se autonombraron, se abrogaron ese increíble papel de poder interpretar la voluntad de esos seres superiores algunos hasta llegaban a sentirse de otra categoría, casi iguales a esos mismos dioses.

Nunca se sabrá cuándo pero algunos dicen que ciertos pueblos empezaron a pensar que tal vez podría existir un dios único y no tantos dioses como hasta ese momento, y que fue en el antiguo Egipto cuando el faraón Akenaton dijo que Atón, el sol, era el único dios y que este reemplazaba a todos los demás.

Pero el monoteísmo de su reinado duró solo unos dieciocho años, pues a su muerte sus sucesores afirmaron que Akenaton estaba profundamente equivocado y exiliaron a Atón para siempre.

Otros afirman que fue durante los siglos VII y VI a. C. cuando apareció el concepto del dios único, y que fue con los judíos cuando su patriarca Abraham habló con un dios y este hizo un pacto con él. Y así apareció Yahvé y ese concepto del monoteísmo se prolongó con el dios cristiano y con Alá, el dios de los musulmanes.

Pero otros pueblos como el hindú, tienen cientos, miles de dioses y más de mil millones creen en ellos. Y aunque Brahma podría ser un dios superior, son tantos los demás

dioses que no se puede afirmar que sea el único. Imposible decirlo, son millones los demás. Y los adoran por igual los hindúes.

Bueno, ya teníamos un dios o muchos dioses, pero eso no era razonable, no podía ser que siguiéramos muriéndonos igual que los animales, no, de ninguna manera, teníamos que ser diferentes y entonces, ¡oh sorpresa!, nos inventamos el alma, el gran componente espiritual de todos los seres humanos, lo que nos haría inmortales. Sí, tendríamos una parte material, el cuerpo y otra espiritual, inmortal, el alma. Pero qué triste, igual seguimos muriéndonos, y sin que nadie, nunca jamás, pueda resucitar. No fue por lo tanto aceptable, digamos, dolorosamente no fue suficiente nuestro invento de los dioses y las almas y los espíritus, pues ellos no pasaron de ser fruto de nuestra imaginación: que no hay, a pesar de todos esos infinitos esfuerzos, vida en el más allá, porque el más allá dura exactamente hasta el más acá, hasta ese mismo instante de nuestra muerte, sí, la tuya, la mía, la de todos los que vivieron antes de nosotros, la de todos los que vivirán después. Ese es, sin duda alguna, el verdadero, el único destino de los hombres, LA MUERTE. ■

